

El lugar de ‘El hereje’

EPICTETO DÍAZ NAVARRO

Universidad Complutense de Madrid

ejdiaznavarro@ucm.es

ORCID: 0000-0001-6708-8025

Durante los últimos años la crítica ha estudiado y analizado el contexto en que Miguel Delibes escribe *El hereje*, el extenso periodo de documentación sobre la época y los personajes y los meses de redacción de la que iba a ser la última y más extensa de sus novelas.¹ Hay que recordar que el proceso de composición de esta novela chocaba con el habitual de su escritura, pues en más de una ocasión el escritor había admitido: «Antes de escribir una novela tomo alguna nota, pero muy pocas. Cuando implico a muchos personajes hago una relación de los mismos, aunque casi siempre me guío por la memoria» [Goñi 1985: 128].²

Se presentan a simple vista unas cuantas singularidades en un texto que podría ser una obra de senectud, una obra no muy en la línea de lo que esperaban los lectores delibianos pero que resultará una obra única, quizá acorde con el horizonte de ex-

1— Véase la documentada edición de la novela en Cátedra de Mario Crespo [2019], de la que proceden las citas del texto. Marisa Sotelo y otros críticos han señalado el carácter de síntesis de la novela respecto a su andadura narrativa, la presencia en ella de temas que ya se encontraban en sus primeras novelas y que se repiten en los cincuenta años que separan su primera novela de *El hereje*.

2— Además de las entrevistas con Goñi y Alonso de los Ríos, puede consultarse la interesante síntesis que presentan Marchamalo y Medina Bocos [2020].

pectativas de finales del siglo xx. Se trataba de una época dada a hacer balances, a revisar la totalidad del siglo y a aventurar pronósticos y profecías sobre lo que esperaba en el vecino siglo, del que cuando ya han transcurrido dos décadas se puede decir que hace bueno el título de uno de sus ilustres contemporáneos: «Vendrán más años malos y nos harán más ciegos».

El carácter histórico de *El hereje* es uno de esos elementos sorprendentes que ha dado lugar a distintos planteamientos, entre otras razones porque la novela histórica, a pesar de la importancia que cobra desde el siglo xix, es un género con poco prestigio, considerada literatura de consumo o sucedáneo de los libros de Historia, cuando no un género imposible. Pero quizá esta es una de las hebras de las que podemos tirar al adentrarnos en el texto, en un mundo que recrea Delibes al contar la vida de Cipriano Salcedo, en la Valladolid del siglo xvi: su interés en el individuo y la colectividad marcados por la historia. El proceso de documentación a que nos hemos referido concuerda con el que llevan a cabo los especialistas en este tipo de novela, entre ellos, grandes autores que han practicado el género, desde Gustave Flaubert a Marguerite Yourcenar, y tiene que ver con la incorporación de un pasado desconocido para la mayoría de los lectores y cuya coherencia afecta a la verosimilitud del texto. Algo que quizá hay que matizar a este respecto es que no se trata, como las novelas del primer romanticismo, de un texto que apoye la construcción de una nacionalidad ni una afirmación del progreso humano aunque tampoco puede alinearse en lo que se ha denominado «metaficción histórica» (historiographic metafiction, en la terminología de Linda Hutcheon) que pondría en cuestión el discurso histórico y la posibilidad de representación del pasado.³

Con respecto a la localización histórica, si tenemos en cuenta que quizá el principal problema que plantea es el de la intolerancia frente a la libertad de conciencia, es obvio que podría haber elegido muchas otras épocas y lugares. En su elección sin duda pesan su relación emocional con su ciudad, la especial significación histórica de la primera mitad del siglo xvi español y el que fuera una época de expansión de la economía capitalista. Creo que el texto no indica que solo sea la Iglesia quien debería revisar su pasado y criticar acciones, omisiones, o formas de pensamiento que amparó o la lideraron. La mirada retrospectiva implicaría la sociedad occidental que surge desde el desarrollo renacentista, de manera que el potencial crítico de la novela no se relaciona con nuestro presente sino que tendría un alcance mucho más amplio. En el texto no aparece la época previa al desafío y la reprobación de Martín Lutero, una época floreciente, de intercambio de ideas, y solo se ocupa de sucesos posteriores a 1517.⁴ De hecho, en mi opinión, el contenido histórico se ajusta a la biografía del per-

3— Ver, entre otros, Linda Hutcheon, *A Poetics of Postmodernism* [2003] y Andrew James Johnston y Kai Wiegandt (eds.), *The Return of the Historical Novel?* [2017].

4— Con respecto al influjo renacentista en España puede consultarse, entre otros, Marcel Bataillon, *Erasmus y España* [1979] y Ángel Gómez Moreno, *España y la Italia de los humanistas* [1994]. Quizá es también conveniente recordar que la doble dimensión de Cipriano Salcedo, exitoso comerciante y protestante, puede recordarnos la tesis de Max Weber sobre el desarrollo del capitalismo y la Reforma. Al margen de las discusiones sobre lo que Sánchez Albornoz

sonaje, y no tiene mucho sentido preguntarse por qué no narra o no se da más importancia a algunos hechos, por qué aparecen determinados asuntos o por qué el lenguaje está lleno de anacronismos que no corresponden a la época. Creo que todo ello se debe a la necesidad de concentrarse en la problemática del personaje y en el receptor del texto, pues no es necesario entrar en detalles precisos sobre controversias religiosas, ni en asuntos que hoy resulten poco importantes, sino en las consecuencias que conllevaba la oposición al dogma y las distintas estructuras del Estado en un momento concreto.

Y así se puede comprobar que, salvo en pocos casos, notablemente en el Auto de fe, los hechos históricos relevantes aparecen en segundo plano o de manera indirecta, a través del relato de personajes como Ignacio Salcedo, el hermano del padre, oidor de la Chancillería que informa a Bernardo de lo que ocurre en el reino y que encarnaría el ascenso y la importancia que adquieren los letrados durante el reinado de los primeros Habsburgo. Se menciona el rechazo a los consejeros extranjeros del joven rey Carlos, los orígenes de lo que luego conocemos como la revuelta de los Comuneros y alguno de los hechos de la Reforma (véase la anotación de Mario Crespo)⁵. Pero también hay distintas secciones que reflejan fragmentariamente aspectos de la economía del país, de Valladolid en concreto, en la primera parte del siglo XVI. No es casual que tanto el padre como Cipriano Salcedo sean comerciantes, que envían a través de Burgos las pieles a Europa, pues era parte principal en la riqueza del país, ni tampoco lo será que el protagonista busque formas de mejorar la industria textil y soluciones alternativas a la ruta habitual de la lana.

El Preludio, continuando el lema, una cita de la carta de Juan Pablo II sobre el reconocimiento de los errores de la Iglesia, se utiliza para presentar las fuerzas sociales e ideológicas que subyacen durante la vida del protagonista y en el desarrollo de la novela: en primer lugar, la visión tradicional, que representa a la mayor parte de la jerarquía de la Iglesia, cuyo poder no se limita solo al ámbito espiritual; en segundo, los partidarios de la Reforma, que ya eran perseguidos en España mientras en distintos lugares de Europa pueden desenvolverse con libertad y tienen establecidas las bases de su poder alternativo, no sin divisiones entre ellos; y, en tercer lugar, con menor presencia, quienes buscaban la renovación o la reforma de la Iglesia, que durante algunas décadas también habían gozado de notable poder (ya habían desaparecido figuras como Cisneros y Gattinara). Hay que destacar que ese viaje en barco es el comienzo *in medias res* de la biografía de Cipriano Salcedo: su nacimiento coincide con la exposición de las tesis de Lutero en Wittenberg, y esa sección transcurre cuando no hace mucho que ha muerto el reformador, de manera que estaríamos en fechas posteriores a febrero de 1546. Desde la dieta de Worms en 1521, en que se había pro-

denominó el «cortocircuito» del capitalismo en nuestro país, en el protagonista de la novela se entrelazan ya en su primera madurez la preocupación económica y la religiosa.

5— Además de la edición de Mario Crespo pueden consultarse, entre otros, la rápida y documentada síntesis del contexto social en Joseph Pérez *La España del siglo XVI* [2002] y el clásico estudio de A. Domínguez Ortiz [2006].

ducido la excomunión de Lutero, se había extendido su doctrina y los conflictos se prolongan hasta llegar a una Europa dividida, aunque, por otra parte, el Concilio de Trento (1545-1563) suponga una reorganización del Iglesia algo que el protagonista no pudo conocer en toda su dimensión pues su vida termina en 1559.

Desde esa constitución histórica, me propongo revisar brevemente el relato en sus diferentes secuencias, como una novela biográfica en la que, por un lado, se refleja una sociedad moderna y pujante, con luces y sombras, y, por otro, la construcción del personaje, cuyo aprendizaje se explica sobre todo en sus primeros años, y que, como ha señalado la crítica, resulta uno de los pocos héroes positivos en la narrativa de Delibes.⁶ En el capítulo I empezaremos a conocer la sociedad en la que crece y vive el protagonista, un mundo con el que, al haber quedado huérfano de madre, apenas tiene contacto más allá de su nodriza y unos pocos encuentros con su padre, pero en cuyas estructuras encajará voluntariamente más adelante. Así, encontraremos una alternancia entre al ámbito psicológico, del personaje que suele focalizar la acción, y el ámbito social, que registrará el medio en que se desarrolla el sujeto. Junto al ámbito familiar, a los compañeros de colegio, que constituyen las estructuras de la sociedad que intervienen en su socialización, hay una serie de personajes secundarios que completan el conjunto que quiere presentar el autor para centrarse en una individualidad compleja, singular, que aceptará el modo de vida que le corresponde por su clase social pero que también se distancia, particularmente al aceptar la herejía y pasar a formar parte del conventículo luterano que se organiza en Valladolid en torno a la familia Cazalla.

Al lector, tras la información y sugerencias que contiene el viaje inicial, los primeros capítulos le sirven para hacerse una idea del contexto social en que viven los personajes, y esto se realiza sobre todo a través de la figura del padre, Bernardo Salcedo. Lo referente a la economía, la tierra, las relaciones entre las distintas clases se muestra a través de las actividades del padre, quien tras un periodo de luto por la muerte en el parto de su mujer, vuelve a su negocio de pieles, recorre sus propiedades y retoma sus visitas a la taberna en la que conversa con algunos amigos, donde discuten temas cotidianos, relacionados con la agricultura, o comentan la calidad de los vinos. Un dato fundamental en la biografía de Cipriano es que el padre eche la culpa al niño de la muerte de su madre, y su gestualidad y su voz le convierten en un presencia amenazante para su hijo, ya desde sus primeros meses de vida. Resulta extraño, y muestra un carácter autoritario, que Bernardo apenas lo vea en los primeros meses de vida, a veces con una frecuencia semanal, y que solo aumente la frecuencia cuando se encapriche del ama de cría.

El alto nivel social de la familia Salcedo, en una ciudad en plena expansión económica, se muestra tanto en la profesión del padre, comerciante exitoso, como en el he-

6— En ambos casos, sociedad y sujeto, encontraríamos una construcción realista o mimética. Y con respecto al carácter positivo del protagonista, lo es sobre todo en su final, aunque, según se mencionará, ya en su edad madura se producen algunos desajustes entre el código cristiano que él acepta y su conducta.

cho de que su hermano forme parte de la Real Chancillería y el lector lo comprueba ya en el nacimiento de Cipriano, con los medios que se ponen en juego, y en la rápida búsqueda de una nodriza. Sin embargo, esta situación no supondrá una protección del niño, quien solo tendrá parcialmente el cuidado y la atención de quienes trabajan para su padre, como su nodriza.

Al comienzo del capítulo II comprobamos que el narrador en tercera persona no siente muchas simpatías hacia el padre y le retrata distanciadamente, como un personaje autoritario y sin buenas cualidades, en especial cuando ha muerto su mujer y él se impone el luto como obligación. En realidad lo que le afecta no es el recuerdo de su mujer, sino la pérdida de aquella sobre la que ejercía un poder omnímodo:

Interiormente se había señalado una semana de luto pero, en siete días, llegó a un punto de simulación tan perfecto que empezó a gozar de las mieles de la compasión. Desde niño don Bernardo Salcedo había impuesto a sus padres su voluntad. Era un muñeco autoritario que no aceptaba imposiciones de ningún tipo. Así creció y, una vez casado, a su esposa doña Catalina la tuvo siempre sometida a una dura disciplina marital. Tal vez por eso sufría ahora, porque le faltaba alguien a quien mandar, con quien ejercitar el poder. [212]

Cuando pasan los días estudia sus poses y gestos para poder fingir delante de los demás el dolor: «Llegó a ser un maestro en el oficio, maestro de la afectación» y luego se añade que pensaba en sus «progresos como actor» [212]. En sus acciones y meditaciones se nos presenta a un individuo egoísta, carente de sentimientos, un ser deshumanizado que rechaza a su hijo y lo califica de «parricida». Además, Bernardo no acepta la sugerencia de su hermano y su mujer de hacerse cargo del pequeño, y se niega argumentando de manera hipócrita que no puede olvidar su deber como padre y que cuenta con una nodriza, Minervina, que le alimenta y le cuida.

Así, a partir de esta figura paterna, uno de los temas que aparece en el libro es la oposición entre ser y apariencia, ocultación y verdad. El padre se construye según un principio de exterioridad, imagen y carencia de sentimientos hacia el prójimo. Mientras, Minervina y el niño perciben su inferioridad y veremos que no simulan virtud, que no puede preocuparles su imagen cuando tienen amenazada su supervivencia, en el caso de la nodriza con la sensación de provisionalidad pues en cualquier momento el padre puede prescindir de sus servicios.

Toda la primera parte implica un fuerte contraste con las preocupaciones que luego caracterizan a Cipriano Salcedo. Su padre es un hombre común, egoísta, no un personaje esquemáticamente negativo, pero sí alguien que se aprovecha de su situación social y que carece de empatía y que aunque dé en ocasiones limosnas abusa de su posición frente a los pobres. Sabremos que en buena medida el padre es responsable de la situación precaria de su hijo, de su soledad emocional y de las experiencias difíciles que sufre mientras él está vivo, pues solo su muerte da lugar a una mejora en la situación vital de Cipriano.

Según va creciendo la falta de afecto le sitúa en los márgenes de su familia, pues no puede sentirse parte de ella aunque tampoco forme parte de la servidumbre. Al no tener esos referentes para su crecimiento el niño no se siente parte de un lugar y un grupo sino que su experiencia fundamental, también cuando crezca, es la de la soledad, y una soledad que no es un estado transitorio sino que es el estadio del que parte la construcción del yo, y que sentiría como la experiencia de «ser arrojado al mundo», en términos existencialistas. Cipriano se sentiría responsable de una situación en la que es solo una víctima, pues, aunque no sepa la razón, la falta de la madre y el rechazo del padre constituyen elementos centrales en su vida.

No hay que olvidar que cuando empezamos a ver el desarrollo lineal de la vida de Cipriano, lo primero que enfoca el narrador es la ciudad de Valladolid de la que se transmite información básica sin intentar una reconstrucción arqueológica: «Asentada entre los ríos Pisuegra y Esgueva la Valladolid del segundo tercio del siglo XVI era una villa de veintiocho mil habitantes, ciudad de servicios a la que la Real Chancillería y la nobleza, siempre atenta a los coqueteos de la corte, le prestaban un evidente relieve social» [187].⁷ Se han señalado los distintos lugares reales que se citan en la novela y vemos que desde el punto de vista histórico se subraya el carácter urbano y la importancia del desarrollo económico de la ciudad. El optimismo que se transmite en la primera parte del siglo todavía no se ve amenazado por el elevado número de pobres que constituirán un problema importante cuando del campo superpoblado acumule migraciones a las grandes ciudades como Valladolid, Sevilla o Madrid.

La manera en que el narrador se refiere a la primera educación del niño, que ya tiene cierta capacidad de expresión, resulta irónica, pues al comentar las enseñanzas religiosas que su nodriza se esfuerza en transmitirle señala que «La joven Minervina, sin saberlo, se mostraba conforme con el Sínodo de Alcalá de Henares de 1480 y consideraba que la catequesis y la escuela eran una misma cosa» [271]. Evidentemente, esta joven difícilmente podría conocer de la existencia de tal sínodo y sus conclusiones, y está claro que resulta implícito que podría ocurrir lo contrario, y caer en la heterodoxia sin saberlo, con unas consecuencias que podían resultar problemáticas.

Esa mención además señala la distancia entre la doctrina elaborada y la creencia interior de una persona, que auténticamente profesa una fe. Y hay que subrayar que cuando el niño no ha cumplido todavía los siete años, Minervina, que hasta entonces es la persona fundamental en su contacto con el mundo, dedica una hora diaria a la instrucción religiosa. Poco tiempo después veremos que se plantea la continuación de la educación de Cipriano, pues su ama no tiene formación suficiente para ir más allá del catecismo. La costumbre en las clases sociales pudientes era contratar un preceptor, pero ante el temor del padre de que el preceptor descubra su ignorancia en muchas materias, se le contrata solo en un horario de mañana. No obstante, esta parte de su educación se verá lastrada y fracasará por una decisión en apariencia nimia: an-

7— Distintos críticos han señalado el acierto del escritor al no utilizar una lengua arcaizante. Ya se ha mencionado el uso de anacronismos y, según muestra a lo largo del relato, sin duda se trata de una lengua cuidadosamente calculada.

tes Cipriano tenía su habitación en un piso superior y se le cambia a una habitación cercana a la del padre, en donde se desarrollan las clases. El miedo del niño se manifestará en su incapacidad para concentrarse: las toses, los movimientos de muebles, cualquier ruido que provenga de la habitación del padre le hará perder la atención; no podrá avanzar mucho a pesar de los esfuerzos de su preceptor, y por ello ese periodo solo dura unos meses.

Aunque su hermano Ignacio se opone, probablemente por motivos humanitarios y de clase, el padre se obstina en llevar a Cipriano a un internado, el Hospital de los Niños Expósitos, una obra de caridad que se dedica a lo que hoy denominaríamos ayuda e inserción social de niños abandonados. El padre culpa al ama de haberlo mimado y, por otro lado, incluso añade la dura condición de que el niño no podrá volver a su casa ni siquiera durante el verano. La estancia en el colegio de niños expósitos dura tres años, y será una continuación de las malas experiencias de sus primeros años, aunque sea un buen alumno y destaque en alguna de las materias que le enseñan. Experimentará la dureza de la vida en esa institución y además será testigo de los abusos sexuales que uno de los internos ejerce sobre otro, que le llevan a enfrentarse físicamente al abusador y vencerle, a pesar de ser de mayor tamaño. No sufre solo la estricta disciplina, el conocimiento de los abusos, sino que además se relata que, más que el estudio, su dedicación principal es pedir limosna, paseando por la ciudad en un carro a los fallecidos en el día y también completar esos ingresos cantando en los funerales de algunos ciudadanos. Al mencionar estas actividades el narrador no comunica las emociones que puedan sentir Cipriano y sus compañeros, solo reseña las frases que utilizan, el esfuerzo físico y el poco dinero que recogen: En una de esas ocasiones, en un funeral, encuentra casualmente a su tío Ignacio:

Cipriano no descubrió a su tío Ignacio hasta que se puso a su lado y notó su mano en el hombro. A su contacto se estremeció. Don Ignacio era para él un pariente mudo que tampoco osaba nunca afrontar los ojos de su hermano. Era afable pero no se podía esperar de él nada decisivo. [...] Y cuando sus compañeros apagaron las antorchas y formaron fila para regresar al colegio, él los siguió a distancia en compañía de su tío. Don Ignacio se inclinó ligeramente hacia él:

—¿Estás contento en el colegio?, te gusta estudiar?

Asintió sin palabras para evitar el titubeo. No veía razones para confiarse a él. [287]

Así destaca, por un lado, una conversación que su padre nunca mantuvo con él, y, por otro, la desconfianza que siente hacia toda la familia, la soledad esencial que experimenta tras el alejamiento forzoso de su nodriza. Le contesta que prefiere no volver a su casa y seguir en el colegio. No da importancia a tener buenos resultados en sus estudios de latín, cálculo y otras materias. El odio a su padre sería uno de los sentimientos que se mantiene en la distancia pero que en su conciencia percibe como problemático, hasta el punto de que los remordimientos le impiden comulgar. Sabemos que presta especial atención a las clases de religión y doctrina pero esto no le

produce una tranquilidad espiritual, y a partir aquí resultarán constantes sus problemas de conciencia, con muy diversos orígenes, que le hacen verse como pecador y proponerse una conducta moral ajustada a la doctrina cristiana, es decir, una búsqueda de la autenticidad semejante a la de otros protagonistas delibeanos.⁸

Los tres años que pasa en ese colegio se ven alterados en sus postrimerías por la celebración de una Conferencia que enfrenta a erasmistas y órdenes religiosas (convocada por Alonso Manrique en abril de 1527), que hace que toda la ciudad se impregne de la contienda, de manera que incluso los colegiales y compañeros de Cipriano se dividen en dos grupos. Al parecer, tras mes y medio de discusiones no llevaron a la aceptación de Erasmo que se esperaba con esta convocatoria ni tampoco a su condena. Pero además, poco después se produce un episodio de peste que causa la muerte de numerosos ciudadanos, el traslado de la Chancillería y una gran amenaza para los niños del colegio, pues se ven involucrados «enterrando muertos, trasladando enfermos, vigilando el aislamiento de la villa, estableciendo controles en los puentes y clausurando edificios donde los apestados eran muchos» [303]. De todo ello se hacen cargo porque su condición de expósitos elimina el problema de una posible reclamación familiar, con lo que puede concluirse que no serían tareas en las que participaran otros escolares de otras instituciones. De hecho mueren al menos dos de sus compañeros a los que Cipriano y el resto de los condiscípulos acompañan en sus funerales.

Esto es, podemos decir que Cipriano ha sufrido no solo la exclusión sino también el desclasamiento, y que cuando su tío le informa de que su padre ha enfermado de la peste y muerto, comienza un nuevo periodo en que se integra en su clase social. Hasta entonces los modelos de que disponía o le habían rechazado o eran figuras lejanas de nulo relieve en su socialización. El cambio se produce alrededor de los trece años al ir a vivir a casa de sus tíos y empezar los estudios que le corresponden, a los que se suma la lectura de literatura clásica en la biblioteca de la que dispone su tío, según se sabe, un privilegio en aquella época.

El cambio es más drástico aun cuando llega Minervina a la casa, y no solo se produce el rencuentro con quien le había protegido en su primera niñez, sino que al poco tiempo comienzan a mantener unas tormentosas relaciones sexuales que durarán unos meses. Hay que recordar la imprecisa diferencia de edad, pues entonces Cipriano tendría catorce años, y ella ya había sido madre cuando comenzó a amamantarle. No será una sorpresa que cuando confiese su pecado, el sacerdote interprete como «casi incestuosa» esa relación y también que esos encuentros solo duren unos meses pues al descubrirlas sus tíos despedirán a la antigua nodriza. En ese final de capítulo vemos que es la voz de su tía la que ejerce el poder patriarcal, de manera que no es por voluntad propia por lo que acaban las relaciones con Minervina: «Ha abusado usted del niño y de mi confianza, Miner; ha deshonrado esta casa y nos ha deshonrado a todos. ¡Váyase y no vuelva más!» [310].

8— Los temas en común con otras narraciones de Delibes, entre otros, han sido tratados por Marisa Sotelo [2015] y Alfonso Rey [2019].

Así la única castigada es la sirvienta, mientras que Cipriano, que ha ido más allá de lo que era esperable de un joven, puede seguir con su vida, en la dirección que se le ha trazado previamente pero también oculta su voluntad de buscarla y seguir con ella. Vemos, por tanto, una educación deficiente y problemática en su niñez y adolescencia, que se normaliza tras la muerte del padre y ser su tío quien dirige su trayectoria y le facilita completar sus estudios de leyes. En el capítulo VII se da comienzo al libro II titulado «La herejía», mostraría que, después de terminar sus estudios de leyes, mantiene una voluntad ambigua entre la rebeldía y la tradición, pues pasa a dirigir el negocio del padre y se propone tres objetivos: recuperar a Minervina, el prestigio social y el éxito en el comercio.⁹ No es necesario detenerse mucho en señalar que estos no serían los objetivos del «cortesano» en la época, y que mientras que los dos últimos se ajustan a su mundo el primero choca con su estricta conciencia y sus creencias.

La anomalía que supuso el rechazo de su padre, la orfandad de madre y sus años en el colegio de los niños huérfanos no ha moldeado una personalidad antisocial o heterodoxa, sino que precisamente sigue los pasos que le corresponden según su estatus social. Hay que destacar que mientras que su estancia en el colegio de expósitos ocupa una buena sección del texto, ocupando varias escenas significativas, los estudios superiores ni se detallan ni se informa de nada de ellos y podemos suponer que no se distinguen de otros y que no supondrían una influencia tan decisiva como la de los años anteriores.

El problema que se abre a la conciencia adulta, con la madurez de Cipriano, es la búsqueda de la autenticidad frente a sí mismo, más que ante el mundo que le rodea. La búsqueda de Dios es parte de su religión quizá ya en un momento en que el escepticismo de la razón, tras las experiencias que ha vivido, deja algunos resquicios. Por ello Cipriano sería ya el hombre moderno, una faceta que luego se completará en parte cuando veamos su éxito en el comercio y su fortuna social. Hay que señalar aquí, que frente a las aspiraciones aristocráticas que tenía su padre, Cipriano solo se preocupa de conseguir un título de hidalguía para mejorar su posición y facilitar su actividad comercial con la que se siente identificado. En el enfrentamiento entre la posición aristocrática y la actividad productiva, el protagonista se siente claramente identificado con la segunda y veremos cómo su vida se centra en esta y en los problemas de conciencia.

No me puedo detener aquí en su peculiar noviazgo ni en su matrimonio con Teodomira, una mujer a la que la frustración de su maternidad le causará una seria enfermedad mental. Aunque no se trata de una mujer adecuada, como afirman sus tíos, su matrimonio desigual no dejará de tener una parte beneficiosa desde un punto de vista económico, cuando Cipriano busca la ampliación y modernización de su negocio,

9— Sobre todo esos objetivos, culminación de su última etapa de aprendizaje, mostrarían lo que Pierre Bourdieu ha denominado *habitus*, los esquemas de acción, pensamiento y sensibilidad que corresponden a su posición en la sociedad, y que lógicamente corresponden a aquella época. Las ideas de Bourdieu permiten enlazar la dimensión psicológica del personaje con la dimensión social, que el escritor reconstruye en sus elementos fundamentales.

según lo que ha visto en ciudades que, como Segovia, prosperan gracias a la industria textil.¹⁰

Cipriano se mostrará inseguro cuando conozca al hermano de Agustín Cazalla, el famoso predicador, llamado Pedro, y este le narre la suerte de Erasmo desde la inicial protección del Emperador hasta su caída en desgracia. Siempre adopta la posición de quien escucha y quiere aprender e incluso cuando refiere haber sido «aguerrido erasmista» veremos que se trata de una ironía pues se refiere a los bandos que se formaron cuando él era niño en el colegio a favor y en contra del humanista. La aproximación del protagonista al grupo luterano de la familia Cazalla, se intensifica con el alejamiento emocional de su mujer, y supondría una respuesta a sus inquietudes religiosas que no han disminuido desde los años en el colegio. Cipriano pone al servicio de su nueva causa su poder económico, su capacidad para desplazarse a los pocos lugares donde se han constituido conventículos luteranos e incluso deja de preocuparse por sus fructíferos negocios, gracias al impulso que les ha dado durante años.

Su aproximación a la doctrina luterana es gradual, más lenta que su aproximación a las personas que la encarnan alrededor de la familia Cazalla, y en esta sentirá especial afecto por la madre y por la hermana, y admiración intelectual por los hermanos Pedro y Agustín. Resultará fundamental la sensación de hermandad con quienes también buscaban el perfeccionamiento espiritual y rechazaban la práctica automatizada de la religión («*monachatus non est pietas*») y poco a poco le transmiten doctrinas del reformador como el beneficio de Cristo. Ha ido admitiendo esas ideas sin dar gran importancia a su contenido, ha leído alguna de las obras de Lutero hasta llegar a sentirse parte del grupo, hasta aceptarse como hereje dentro de una sociedad que le obliga a la doblez y el ocultamiento. En sus opiniones y comentarios destacaría el sentido común y no unos grandes conocimientos teológicos.

Poco antes de que sea descubierto el grupo, Cipriano manifiesta claramente su voluntad de desprenderse de sus bienes, probablemente porque intuye que va a ser detenido por la Inquisición: decide convertir en socios a sus colaboradores más cercanos y mejorar los salarios de los más humildes trabajadores, pero esto último no lo lleva a cabo porque le advierten (y admite) que eso afectaría a todo el resto del negocio de las pieles, impulsando a todos los trabajadores a pedir aumentos semejantes y de ese modo no termina su propósito, que queda en un deseo utópico.

En el martirio final, nos encontramos con una situación antitética o irónica pues se produce la destrucción de la materia y la victoria del espíritu, la pérdida de lo transitorio y la victoria de lo permanente. Tanto el narrador como el personaje y el lector tendrían esa percepción en las últimas escenas del Auto de Fe, un acto que es también una representación, una puesta en escena con el objetivo de que resulte visible

10— Tanto las características físicas de Teodomira, la ausencia de vello y de sudor, su fortaleza y su denominación popular, por su capacidad para esquilarse ovejas, como la «Reina del Páramo», resultan un tanto ambiguas y nos alejan de la escenificación idealizada del amor. Especialmente veremos en el comienzo del feliz matrimonio que las dos primeras peculiaridades de su mujer «lejos de considerarlas defectos, las consideraba acicates, estímulos libidinosos» [357]. Es decir, sobre todo en la relación destaca el deseo físico del personaje.

y ejemplarizante el dolor humano, según una estructura legal que expone de manera magistral Michel Foucault en *Vigilar y castigar*.¹¹

En resumen, podemos preguntarnos si Delibes no utiliza el amplio arco histórico de cuatro siglos para enfrentarse a toda persecución del «diferente», de todos aquellos que la intolerancia ha perseguido por motivos religiosos, de raza, de credo político y por medio de su narración nos convierte en testigos de una de esas persecuciones. Hereje y mártir pueden ser dos definiciones de un mismo sujeto, según determinadas visiones culturales e históricas y al mostrar esa ambigüedad el texto señalaría que nada bueno puede surgir de la persecución del diferente, del odio y del fanatismo. Cipriano Salcedo sería Delibes pero también es cualquiera de nosotros, que para otros, en distintos contextos, seremos también el diferente, el judío, el hereje.

Sin duda la generación de lectores y de formación semejante a la del escritor tuvieron en sus manos vidas ejemplares y vidas de santos, en las que en el final se encontraba la fama o la gloria. En ellas la muerte se convierte en vida y la vida se convierte en muerte, y en cualquier caso para que alguien alcance la celebridad o la condición de mártir hace falta que existan testigos, cuya vista y oído servirán para transmitir una historia auténticamente valiosa a la posteridad. Sin embargo, el lector aquí es el testigo que tiene que decidir sobre las implicaciones morales del Auto de fe, sobre la condición de hereje del protagonista, sobre una personalidad en que mezclan el error y la virtud, y que no se habría alejado mucho, desde nuestra perspectiva racional, de su lugar en el mundo. Podemos decir que la novela nos sitúa frente a la otredad del pasado porque uno de sus objetivos es contrastar el presente y un extenso pasado, los valores y actitudes de aquella época con los que encontramos en el momento de la enunciación. Es cierto que hay un homenaje a su ciudad, un homenaje a los campos y los pueblos circundantes, pero las páginas en que se presentan el, proceso y el Auto de fe, recuerdan que el espacio actual en otro tiempo fue un espacio del dolor y la injusticia. Como se ha señalado, no es la primera vez que Delibes, desde su humanismo cristiano, pone en cuestión los mecanismos de control y dominación en una crítica a las sociedades occidentales, pero sí es la primera que se refiere a un pasado remoto y quizá se debe a que, desde algunas perspectivas posmodernas, ese pasado solo sería una ficción imprecisa.

Casi no es necesario señalar que en los primeros compases ya está presente la amenaza que se cierne sobre la herejía, es decir, aquellos que se desvían de la doctrina que impone la ortodoxia. Incluso cuando en el texto, según se ha mencionado, se incluyen unos párrafos sobre la guerra de las Comunidades, los hermanos Salcedo comentan todo desde la lejanía, solo apuntan los excesos y la violencia del conflicto, y

11— Véase la primera sección del libro. No es casual tampoco que veamos que cuando Teodomira da síntomas de haber perdido el juicio sea «encerrada» en un hospital, que resulta en realidad una prisión, donde quienes la cuidan son también sus vigilantes. Aquí podemos recordar también la *Historie de la folie à l'âge classique*, especialmente el capítulo II «Le grand renfermement».

se confirma que viven en la intrahistoria en la que se incluyen también los demás personajes.¹² También más adelante, la violencia latente se hace patente cuando sepamos de la persecución que sufren los luteranos y los alumbrados. Y si en el primer caso de violencia explícita se entendería en el ámbito limitado del orden político en Castilla, en el segundo, algo que desconoce el grupo de luteranos, la Inquisición se sitúa en un contexto social y político mucho más amplio y complejo.

En mi opinión, la obra, dentro de las diversas interpretaciones posibles, nos hace contrastar presente y pasado en una mirada hacia dos épocas. No es mi intención poner palabras en boca del autor, pero sí intentar atisbar qué dice el libro y tengo la impresión de que las llamas que cierran el Auto de fe son llamas que se extienden por la Historia, que ya habían ardido antes y que seguirán prendiendo luego, y que constatar esa reiteración a lo largo de siglos no supone una mínima atenuación en la responsabilidad de nadie.

BIBLIOGRAFÍA

- Bataillon, Marcel, *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, México: Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Bennassar, Bartolomé, *L'Inquisition espagnole. XV^e-XIX^e siècles*, París: Hachette, 1979.
- , «A propósito de *El hereje*, de Miguel Delibes», en Antonio Sánchez del Barrio y Alfonso León (dirs.) *Miguel Delibes. El hereje. El viaje de los libros prohibidos*, Valladolid: Fundación Miguel Delibes, 2014, pp. 43-47.
- Bourdieu, Pierre, *Meditaciones pascalianas*, Barcelona: Anagrama, 1999.
- , *Langage et pouvoir symbolique*, París: Seuil, 2001.
- Cuadrado Gutiérrez, Agustín, «*El hereje* como testamento literario de Miguel Delibes», en Carmen García de la Rasilla (ed.), *La novela histórica contemporánea: Novedades y transformaciones (Del 98 al nuevo milenio)*, Valladolid: Verdelis, 2015, pp.143-158.
- Delibes, Miguel, *El hereje*, Mario Crespo (ed.), Madrid: Cátedra, 2019.
- Díaz Navarro, Epicteto, «*El hereje* de Miguel Delibes y *Flores de plomo* de Juan Eduardo Zúñiga. La historia en la ficción», en Geneviève Champeau y otros (eds.), *Nuevos derroteros de la narrativa española actual: veinte años de creación*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011, pp. 291-308.
- Domínguez Ortiz, Antonio, *El antiguo régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid: Alianza, 2006.
- Egido, Aurora, «El pensamiento anticipado de Miguel Delibes y *El mundo que agoniza*», *Tropelías 7* (2020), 885-890.
- Foucault, Michel, *Histoire de la folie à l'âge classique*, París: Gallimard, 1972.
- , *Surveiller et punir*, París: Gallimard, 1975.
- Gimferrer, Pere, «Notas sobre *El hereje*», en Miguel Delibes, *Obras Completas. IV. El novelista (1981-1998)*, Barcelona: Destino-Círculo de Lectores, 2009, pp. 1037-1040.
- Gómez Moreno, Ángel, *España y la Italia de los humanistas*, Madrid: Gredos, 1994.
- Goñi, Javier, *Cinco horas con Miguel Delibes*, Madrid: Anjana Ediciones, 1985.
- Hutcheon, Linda, *A Poetics of Postmodernism. History, Theory, Fiction*, Nueva York/Londres: Routledge, 2003.

12— Solo los herejes se incorporarán a la Historia con su procesamiento. Ya se ha señalado que la información histórica es muy limitada y no se dice nada, por ejemplo, de las divergencias entre la política dinástica del rey Carlos y la de Castilla, y, años después, solo se atisba parcialmente el fracaso de la política imperial de Carlos V. Véanse, junto a otras citadas, Bartolomé Bennassar [1979; 2014].

- Johnston, Andrew James y Kai Wiegandt (eds.), *The Return of the Historical Novel? Thinking about Fiction and History after Historiographic Metafiction*, Heidelberg: Universitätsverlag Winter, 2017.
- Marchamalo, Jesús, *El libro de Miguel Delibes. Vida y obra de un escritor*, A. Medina Bocos (selección de textos), Barcelona: Planeta, 2020.
- Morán Rodríguez, Carmen, «Notas acerca del espacio histórico en *El hereje*», en Pilar Celma (ed.), *Miguel Delibes, pintor de espacios*, Madrid: Visor, 2010, pp. 147-170.
- Pérez, Joseph, *La España del siglo XVI*, Madrid: Espasa Calpe, 2002.
- Rey, Alfonso, *La narrativa de Delibes (1948-1998). Cambio y tradición*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela y Fundación Miguel Delibes, 2019.
- Santos Sanz Villanueva, *El último Delibes y otras notas de lectura. Posguerra, exilio y letras en Castilla y León*, Valladolid: Ámbito, 2001.
- Sobejano, Gonzalo, *Novela española de nuestro tiempo. En busca del pueblo perdido*, Valencia: Mare Nostrum, 2005.
- Sotelo, Marisa, «*El hereje*: testamento literario e ideológico de Miguel Delibes», en M. Pilar Celma, M. J. Gómez del Castillo y C. Morán Rodríguez (eds.), *La enseñanza del español en el contexto de las artes y la cultura. Actas del XLIX congreso internacional de la asociación europea de profesores de Español*, Ávila-Valladolid: Quadro4, 2015, pp.37-59.
- Santonja, Gonzalo, «Por la señal de la lengua (Reflexiones sobre *El hereje*)», en Maria Pilar Celma (ed.), *Miguel Delibes*, Valladolid: Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León, 2003, pp. 236-240.
- Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid: Alianza, 2012.

El lugar de 'El hereje'

RESUMEN: *El hereje* sería la última y más extensa novela que publicó Miguel Delibes, tras una fructífera trayectoria como narrador. La clasificación del texto como «novela histórica» ha dado lugar a distintas interpretaciones, por la importancia que cobra el componente histórico frente a la mayor parte de sus relatos. En estas páginas se analiza ese componente histórico como la estructura social que se presenta, en lo que, en mi opinión, no es un ejemplo de determinismo pero que resulta necesaria para entender la psicología del protagonista, Cipriano Salcedo, un personaje imaginario tan real como los históricos que se incluyen en el texto. En él resulta central algo que ya había señalado la crítica en obras anteriores: la búsqueda de la autenticidad.

PALABRAS CLAVE DELIBES, EL HEREJE, HISTORIA Y FICCIÓN, ESTRUCTURA SOCIAL Y SUBJETIVIDAD

The place of 'El hereje'

ABSTRACT: *The heretic* was the last and most extensive novel published by Miguel Delibes, after a fruitful career as a narrator. The classification of the text as a «historical novel» has given rise to different interpretations, due to the importance of the historical component compared with most of his stories. In these pages this historical component is analysed as the social structure that is presented, in what, in my opinion, is not an example of determinism but is necessary to understand the psychology of the protagonist, Cipriano Salcedo, an imaginary character so real as the historical characters that are included in the text. For the protagonist is central something pointed out in previous works along his narrative: the search for authenticity.

KEYWORDS DELIBES, THE HERETIC, HISTORY AND FICTION, SOCIAL STRUCTURE AND SUBJECTIVITY